

Compulsión y goce fálico

JOSÉ MARÍA DAMIANO

“...el núcleo del síntoma neurótico –el grano de arena en el centro de la perla– está formado por una exteriorización sexual somática...”

(Freud, 1980: 257)

Introducción

En torno a la pregunta ¿de qué se defiende el obsesivo?, pueden situarse dos momentos en la enseñanza de Lacan.

En un primer momento la respuesta se centra en el matema del Gran Otro barrado, y la angustia fundamental que atormenta al sujeto obsesivo está representada por la muerte y el deseo del Otro, mientras que en camino hacia su última enseñanza, ese lugar central estará ocupado por el matema Gran Fi, como escritura del Goce Fálico.

Simultáneamente, su doctrina en relación al significante fálico vira, de ser el significante del deseo, es decir la articulación de un significante con la falta simbólica; pasa a ser un significante traumático que introduce goce en el cuerpo, el Uno Fálico que parasita el órgano sexual masculino.

De esta manera, se produce un desplazamiento del Otro al Uno, que es también un desplazamiento del real de la muerte al real del sexo, y del Otro simbólico al cuerpo.

La emergencia del Uno fálico como real sexual tiene como efecto y consecuencia la verificación de la inconsistencia del Otro, como ya había sido presentado por Lacan en el Seminario 8 cuando lo presentaba como el símbolo Gran Fi. El armado de un Otro completo y cerrado (Uno Todo) es una ficción que pretende erradicar lo insoportable del Uno fálico.

Si ahora transformamos la pregunta en: ¿con qué o de qué manera se defiende?, podemos decir que en un primer momento la estrategia defensiva del sujeto obsesivo está planteada como la *instalación en el Otro* (en el palco) para transformar al Otro tachado en un Otro Completo, su elaboración en Lacan se continúa con nombres tales como *el garante del gran Otro* y llega hasta ubicar en ese mismo lugar el fantasma de omnivigencia con su satisfacción escópica como fantasma típico en la obsesión (Seminario 10) y la autoconciencia como un *verse viendo* (Seminario 11).

Ubicaremos como segundo momento la propuesta del autor de *La Pirámide Obsesiva* (2001) de destacar como defensa, el síntoma de aislamiento, presentado por Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” (1990: 71- 163) como crucial para defenderse del goce fálico. En palabras de Juan Carlos Indart:

De esta manera se presenta en un punto común para la defensa obsesiva, la articulación entre síntoma y fantasma que prefigura la noción de *sinthome* en el síntoma de aislamiento elevado al rango de síntoma fundamental y que encontramos en el vértice de la pirámide articulando las cuatro caras de la misma y prefigurando su función de nudo... (2001: 115)

Caracterización del goce fálico

El goce del Uno fálico puede ser caracterizado por:

- 1) su intensidad y por su brevedad,
- 2) por su carácter discontinuo y discreto, y
- 3) por su repetición.

De modo que su aparición representa una inyección repentina de goce que inmediatamente se ausenta de manera que convoca a la repetición en un nuevo movimiento de recuperación del goce perdido, que inmediatamente vuelve a ausentarse. La serie no es infinita y su finalización puede ser el orgasmo eyaculatorio, que debe ser entendido, tal como lo formuló Lacan como transformación de la angustia.

Ese modo de goce es luego generalizable a otras manifestaciones que lo instrumentalizan, al goce puesto en juego en actividades tradicionalmente asociadas al lado de lo masculino: manejar, martillar, clavar, espadear, tirar tiros, etc. El goce en ejercicio en el uso de un instrumento.

Es necesario diferenciarlo de otro modo de goce con características muy diferentes que hemos formalizado en psicoanálisis con la topología de una banda de moebius y es el que produce el movimiento de la pulsión parcial, cuya caracterización responde a un dar vueltas alrededor de un vacío que llamamos objeto *a*, y que produce un modo de satisfacción presentado como el modo normal y pacífico de funcionamiento de la pulsión parcial, como lo ha destacado J.-A. Miller en los paradigmas del goce.

Pero cuando una zona erógena, es tomada por la lógica del funcionamiento del Uno fálico tenemos como resultado una compulsión, el lenguaje popular lo llama vicio, y el lenguaje técnico adicción; ya que no consiste por ejemplo en degustar un vaso de vino, sino la repetición de uno más, uno más, uno más...

La masturbación paradigma freudiano de la compulsión

Es necesario distinguir dos tiempos para entenderla adecuadamente.

En un primer tiempo, se trata de la emergencia del Uno fálico como traumático. La irrupción del goce fálico (como excitación sexual) en la infancia ha sido claramente establecida por Freud como universal para el ser hablante y nos ha quedado el paradigma de Juanito traumatizado por la repentina erección de su pene. Pero también presente en la escena traumática de la histeria, pasividad ante la emergencia del Uno fálico; y en el trauma obsesivo, el exceso de goce producido por la emergencia de una excitación sexual. El retorno de ese momento en la pubertad puede situarse también como ejemplar.

Previo a la aparición de la práctica masturbatoria como tal, principalmente en el varón, es situable un momento en que *eso* emerge como fuera de sentido, traumático para el púber, generalmente bajo la forma de una eyaculación automática o con un mínimo de participación de la mano o una erección repentina e inasimilable.

En todos los casos se trata de la emergencia de la excitación sexual vivida como hétero.

Segundo tiempo, masturbación compulsiva.

La masturbación propiamente dicha, es ya un intento de ejercer el control sobre la experiencia traumática de la emergencia del goce fálico, transformando ese goce en manipulable, domeñable, instrumentalizando para ello la mano.

Destacamos en la función de control la participación del yo obsesivo en una función que le es característica. Parece lícito iluminar así, la idea freudiana del síntoma neurótico como conflicto entre el yo y las pulsiones sexuales.

El Uno fálico como tal es imposible de ser controlado por el yo. Por lo tanto el obsesivo en su intento de control, toma una versión degradada del falo, que llamamos *fi* minúscula. Se trata de la obtención de una ganancia de goce en el ejercicio controlado del Uno, hasta la obtención del orgasmo eyaculatorio que es fantaseado como goce absoluto, total.

Ocurre que en este intento por controlar el Uno fálico, la masturbación misma se transforma en una actividad que ahora se intenta controlar y no se puede. Podríamos decir que no se puede controlar el control, por eso el sujeto en las compulsiones padece de algo que es comúnmente enunciado con la fórmula “no puedo dejar de”, “no puedo parar de”.

En el seminario 10, Lacan coloca al síntoma de compulsión en el casillero del impedimento, es decir la caída del deseo en la trampa narcisística, el deseo queda paralizado por el yo. Como no es entendible inmediatamente por qué hablar de la compulsión como un impedimento, se ve obligado a aclarar que en ella el sujeto se encuentra “impedido de impedirse”, que puede traducirse por un *no puedo dejar de*.

Si planteamos el mismo mecanismo en términos de defensa, diremos que el sujeto se defiende de lo real del Uno fálico, con una versión degradada del mismo, y luego se ve llevado a tener que defenderse de la defensa y en ese defenderse de la defensa se crean nuevas compulsiones cada vez mas alejadas de lo sexual propiamente dicho, por ejemplo: por haberse masturbado debe lavarse tres veces las manos, o rezar un Rosario, etc.

Es decir que en la compulsión se trata de anular el surgimiento traumático del goce fálico y para ello se utiliza goce fálico. Encontramos en la defensa algo de lo mismo de lo que se defiende transformado.

Compulsión, aislamiento y el anular lo acontecido

Los síntomas obsesivos del aislamiento y anular lo acontecido fueron tratados por Freud en el capítulo VI de “Inhibición, Síntoma y Angustia” (1990: 71-163).

El mecanismo del aislamiento consiste para Freud en despojar a una idea que se presenta como inconciliable, de su monto de afecto y desconectarla de sus vínculos asociativos con otras ideas. En esta acepción el Uno fálico es la idea inconciliable que introduce un goce, que el obsesivo logra aislar, aislándose en su pensamiento, aislarse de lo que lo amenaza.

Allí compara el aislamiento con “el proceso normal de la concentración” (1980: 116).

Si imaginamos a una persona en estado de absoluta concentración a los fines de resolver un problema matemático, en la escena de una fiesta de cumpleaños, nos daremos una idea de lo que Lacan plantea como el “estar fuera de la escena” de un sujeto obsesionado, solo que no se trata del estado normal de la concentración necesario para la ejecución de cierto tipo de tareas, sino de un estado generalizado y fundamentalmente aplicable al momento de estar realizando una acción compulsiva como podría ser en nuestro paradigma la masturbación. Tal funcionamiento del aislamiento parece manifiesto en la masturbación compulsiva.

El síntoma de *anular lo acontecido* o anulación retroactiva es para Freud especialmente evidente en los síntomas de dos tiempos, en donde el segundo acto intenta cancelar al primero y tratarlo como “no acontecido”.

Los dos tiempos en que he presentado la compulsión se corresponden con los tiempos de la anulación retroactiva: primer tiempo, irrupción traumática del Uno fálico, (en Freud la idea inconciliable que introduce un goce). Segundo tiempo; ejercicio

controlado del goce fálico como momento de la anulación de lo acontecido.

En resumen, para defenderse de la intrusión traumática del Uno fálico en el primer tiempo, se trata en el segundo tiempo, mediante la articulación de compulsión, aislamiento y anulación retroactiva, de conformar un Uno Todo. Como la empresa fracasa pues es imposible la anulación del trauma sexual, se debe repetir la acción.

Observaciones sobre la dirección de la cura

No estará de más recordar que es ya un paso que las compulsiones nos lleguen relatadas por el paciente a las sesiones, pues es frecuente que durante mucho tiempo no las cuente y sean de ese modo inaccesibles para el análisis.

Si tenemos ese paso, las posibilidades de sintomatizar la compulsión recaen principalmente en mostrar la articulación con el lado lógico del síntoma, es decir el aislamiento y la anulación retroactiva.

La posibilidad de situar la compulsión como defensa frente a esa irrupción de goce situable en cada caso, abre el camino de la subjetivización de la imposibilidad de anularlo por las distintas vías del armado de un Todo.

Por supuesto que el problema fundamental sigue siendo la satisfacción anudada a las compulsiones y que el obsesivo debe ceder.

En esta línea parece importante destacar que J.-A. Miller ha establecido la posibilidad de que el análisis reduzca también el *quantum* de goce anudado a los síntomas, en este caso a la compulsión.

No obstante en el horizonte de la identificación al síntoma parece en esta cara de la pirámide quedar en pie la pregunta ¿qué vas a hacer con el Uno?

Para finalizar cito a Freud en “Contribuciones para un debate sobre el Onanismo”: “...Cierta rebajamiento de la potencia viril y de la iniciativa brutal a ella enlazada es muy aprovechable para la cultura [...] La virtud resultará las más de las veces de difícil práctica con una potencia plena...” (1990: 256).

Hay cierto embrutecimiento abordable desde el psicoanálisis como vinculado al goce fálico. En esta línea recuerdo la convocatoria de J.-A. Miller en *El hueso de un análisis a los hombres*: “analícense van a desembrutecerse” (1998: 10).

Bibliografía

- Freud, S. (1990a). “Contribuciones para un debate sobre el Onanismo” (pp. 247-248). En *Obras Completas, Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1990b). “Inhibición, síntoma y angustia” (pp. 71-163). En *Obras Completas, Tomo XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Indart, J.C. (2001). *La Pirámide Obsesiva*. Buenos Aires: Tres haches.
- Lacan, J. (2006). *El seminario 10: la angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1998). *El hueso de un análisis*. Buenos Aires: Tres Haches.